

La feria de los días

I

Una vez más llega diciembre. Una vez más nos sentimos divididos entre el año que muere y el que nace, entre las experiencias del pasado y las esperanzas del futuro inmediato, entre lo que ya no es y lo que apenas se anuncia. Muchos cambios quisiéramos adivinar en el horizonte; no pocos lastres desearíamos ver cancelados en el curso de nuestro camino sin tregua. Sólo sabemos —nos murmura un tímido socrático— que no sabemos nada.

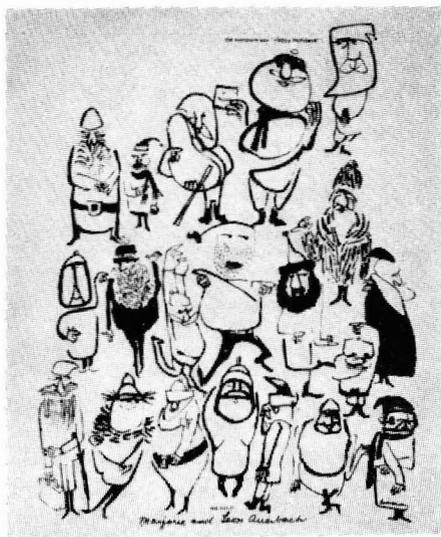
II

Las inquietudes más someras, que son también, paradójicamente, las de máximo apremio, se habrán disipado cuando estos renglones aparezcan. Las especulaciones políticas habrán perdido su razón de ser, sustituidas, según el caso, por la satisfacción o el desengaño. Los nombres de todos los secretarios y subsecretarios de Estado, de todos los oficiales mayores y de los demás principales guías de nuestros destinos burocráticos, serán del dominio público. Infatigables profetas inicia-

rán precoces teorías en torno al próximo sexenio. Nuevas efigies suplantarán las ya caducas. Acuñaremos nuevos lemas. Y nos haremos nuevas ilusiones.

III

¡Oh prodigiosa lotería de México! No podemos resignarnos a vivir el presente, ni a trabajar para el futuro



con los pies en la tierra. Nos aferramos a las nubes, confiados en que la lluvia que de ellas se desprenda nos será generosa algún día. Porque sí. Porque tiene que sonar, al cabo, nuestra hora. ¿Dónde caerá mañana el premio gordo? Bastará que alguien se fije en nosotros, nos descubra y redima; que la gracia local nos justifique sin necesidad de obras. Contamos, de sobra, con la fe.

IV

Seguiremos diciendo nuestras palabras de costumbre. ¿Qué otra cosa nos queda? Respetuosa pero energicamente proclamaremos leves inconformidades, arrancando, de trecho en trecho, marchitas hojas del calendario nacional. Lo que pasó, pasó. Los tiempos idos se han tornado meros recuerdos del porvenir. ¿No reza, y bien, el dicho, que hay que darle tiempo al tiempo?

V

Menos mal que la historia se mueve por sí sola. Y que nuestros cuerpos, mentes y corazones la acompañan de grado o por fuerza. Nadie se ahoga dos veces en el mismo río. Jóvenes circunstancias propiciarán frescas rutas. ¡Llor al movimiento continuo!

VI

Mejor o peor que 1964, 1965 será un año diferente. Querámoslo o no, la vida es aventura. Es flor y fruto, y, en última instancia, semilla. Siempre hay algo que florece y fructifica; siempre gérmenes que despiertan —y nos despiertan— a la luz.

VII

Pero mi pluma ha corrido en demasía. La tomé —lo confieso— con el exclusivo y modesto propósito de invocar para ustedes —convención de convenciones— un feliz año nuevo.

—J.G.T.

